

LA HETEROSEXUALIDAD COMO CONDICIÓN *SINE QUA NON*. PATRIARCADO, COLONIALISMO Y CAPITALISMO EN RELACIÓN AL RÉGIMEN DE LA DIFERENCIA SEXUAL

HETEROSEXUALITY AS A SINE QUA NON: PATRIARCHY, COLONIALISM AND CAPITALISM IN RELATION
TO THE REGIME OF SEXUAL DIFFERENCE

Carli Prado

<https://orcid.org/0000-0001-7438-0147>

RESUMO

Falar de “heterossexualidade” de uma forma anacrónica é sem dúvida problemático, como demonstra Katz em *A invenção da heterossexualidade*. Mas, embora o uso do conceito de 'heterossexualidade' como descritor relacional consolidado em relação ao passado seja equivocado, há a preocupação de nomear práticas que, mesmo antes desta formulação médico-legal, já eram fortemente controladas (e até eliminadas, física e discursivamente) e que, por sua vez, funcionaram como parte fundamental da consolidação do ego conquiro capitalista. Nesse sentido, mais do que assinalar a ruptura entre os discursos sobre a sodomia e a homossexualidade, este artigo pretende dar um primeiro passo na recomposição de suas relações no sentido de pensar não uma heterossexualidade a-histórica, mas um regime de diferenças sexo-genéricas (e raciais) que ainda sobrevive em nossos imaginários pós-coloniais. Nesse sentido, a título de introdução, este artigo retomará uma *Arqueología del mestizaje* (Catelli, 2020) e reconstruirá o argumento de *La invención de la heterossexualidad* (Katz, 2011) para desenvolver a referida problemática.

Palavras-chave: heterossexualidade, estudos de gênero, pós-colonialismo, epistemologia, filosofia.

RESUMEN

Hablar de “la heterossexualidad” de forma anacrónica resulta, sin duda, problemático, tal como demuestra Katz en *La invención de la heterossexualidad*. Ahora bien, si bien el uso del concepto “heterossexualidad” como descriptor vincular consolidado en relación al pasado es desacertado, existe una preocupación por nombrar las prácticas que, aun antes de esta formulación médico-jurídica, ya eran fuertemente controladas (y hasta eliminadas, física y discursivamente) y que, a su vez, funcionaron como parte fundamental en la

consolidación del ego conquiro capitalista. En este sentido, más que advertir el corte entre los discursos sobre la sodomía y la homosexualidad, este trabajo se propone dar un primer paso en la recomposición de sus relaciones en función de pensar no una heterosexualidad ahistórica, sino un régimen de diferencias sexo-genérica (y raciales) que aún sobrevive en nuestros imaginarios poscoloniales. En este sentido, en tanto introducción, este trabajo retomará una Arqueología del mestizaje (Catelli, 2020) a la par de reconstruir el argumento en La invención de la heterosexualidad (Katz, 2011) para desarrollar la problemática antes mencionada.

Palabras clave: heterosexualidad, estudios de género, estudios poscoloniales, epistemología, filosofía.

ABSTRACT

To speak of ‘heterosexuality’ in an anachronistic way is undoubtedly problematic, as Katz demonstrates in *The Invention of Heterosexuality*. But, while the use of the concept of ‘heterosexuality’ as a consolidated relational descriptor about the past is misguided, there is a concern to name practices which, even before this medical-legal formulation, were already strongly controlled (and even eliminated, physically and discursively) and which, in turn, functioned as a fundamental part of the consolidation of the capitalist ego conquiro. In this sense, rather than noting the break between the discourses on sodomy and homosexuality, this paper aims to take a first step in the recomposition of their relations in terms of thinking not of an ahistorical heterosexuality, but of a regime of sex-gender (and racial) differences that still survives in our postcolonial imaginaries. In this sense, as an introduction, this paper will take up an Arqueología del mestizaje (Catelli, 2020) and reconstruct the argument in *The Invention of Heterosexuality* (Katz, 2011) in order to develop the mentioned problematic.

Keywords: heterosexuality, gender studies, postcolonialism, epistemology, philosophy.

LA HETEROSEXUALIDAD COMO CONDICIÓN *SINE QUA NON*

En 2020, Laura Catelli editó lo que previamente fue su tesis doctoral (2010) bajo el nombre *Arqueología del mestizaje* y, si bien lo considero un libro sumamente interesante en varios aspectos, hay algo que no dejó de llamarme la atención desde la primera vez que lo leí. Como parte del desarrollo de un “dispositivo de mestizaje”, la autora propone:

mover el análisis al hecho del contacto sexual que es simbolizado por la mezcla de sangres, y entenderlo como materialización de la relación de poder colonial en el contexto de la guerra de razas, condición *sine qua non* del mestizaje, instrumento de la relación de poder con innumerales efectos subjetivos y discursivos. (Catelli, 2020, p. 82)

Donde la noción (y el acontecimiento) de esa “materialización” adquiere un valor epistémico fundamental para este escrito. En efecto, al analizar algunos materiales del archivo colonial ella advierte que:

Algunas de las preguntas que este análisis nos insta a pensar son: ¿qué papel juega el contacto sexual en las zonas de contacto?, ¿de qué maneras modifica o impacta las relaciones de fuerza que ocurren en ellas?, ¿cuáles son sus efectos discursivos? (Catelli, 2020, p. 96)

Proponiendo, a su vez, una cuestión central: que “la relación heterosexual entre hombres europeos y mujeres indígenas (...) es la condición *sine qua non* de la estrategia de mestizaje” (Catelli, 2020, p. 97). De allí el nombre tanto del artículo como de este apartado. No obstante, ¿cómo se entiende aquí la restricción del propio “*sine qua non*”? Unx podría pensar, de manera un poco ingenua, que no podría ser de otro modo; que “la reproducción” sólo es posible entre hombres y mujeres y que esto es, además, completamente natural; que el meollo del problema es la relación hombre-europeo/mujer-indígena y no cómo las mismas categorías de “hombre” y “mujer” (que se presumen biológicas y ahistóricas) son configuradas a través del largo proceso colonial. He ahí el primer problema que se busca trabajar aquí.

Aun cuando el texto de Catelli no termina de desplegar la cuestión de la heterosexualidad como régimen político (que sin duda menciona enfáticamente), su libro otorga una serie de pistas para pensar que no se trata de que no habría podido haber mestizaje sin reproducción material de los cuerpos, sino de que no podría haber habido mestizaje sin heterosexualidad. No da lo mismo una cosa que la otra. Tanto la noción de “mestizaje” como la de “heterosexualidad” suponen un tipo específico de producción discursivo-material de cuerpos que, lejos de oponer naturaleza-civilización, pone en tela de juicio cómo ambos dispositivos traccionan entre sí de forma diferencial en el caso de la conquista de América.

Podríamos decir que su propuesta funciona, entonces, como un modo un poco más situado de pensar el sistema moderno-colonial de género que sugirió María Lugones en el célebre artículo *Colonialidad y género* (2008), el cual en el último tiempo ha estado cobrando relevancia desde perspectivas disidentes de los análisis más tradicionales¹. Por mi parte, este trabajo busca retomar las líneas que quedaron más difuminadas en su investigación y proponer, a su vez, de qué modo la extensa red de estudios sobre/en

¹ Por “tradicionales” me refiero a análisis que, aún si resultan muy pertinentes en términos histórico-críticos, dan por supuesta la diferencia sexual como un hecho y, por ende, la heterosexualidad como única forma posible de reproducción de los cuerpos. Un ejemplo de esto son los trabajos del mismo Quijano, que tanto Lugones (2008) como Rojas Miranda (2021) analizan muy bien en su dimensión normativa y biologicista de sexo-género.

torno al “problema” de la homosexualidad no sólo ha desatendido su revés heterosexual (Katz, 2011), sino que ha contribuido (aunque no necesariamente de forma intencional, ni voluntaria) a cristalizar una forma de leer los cuerpos en función del dimorfismo sexual, incluso antes del desarrollo de la ciencia médica (y sin duda, de forma mucho más específica, a partir de ella).

En este sentido, retomaremos *La invención de la heterosexualidad* de Katz (2011) con el objetivo de historizar dicho concepto y evaluar qué nos permite hacer (o no) ese uso historiográfico.

LA INVENCION DE LA HETEROSEXUALIDAD

Es importante advertir, antes que nada, que el desplazamiento de pensar una “historia de la homosexualidad” a una “historia de la heterosexualidad” es clave no sólo (ni mayoritariamente) en cuanto a su novedad temática, sino en cuanto altera una perspectiva epistemológica: aquella que va siempre a buscar primero (y, a veces, que solamente busca) lo que se figura como “otro” dentro de un régimen de lo “mismo” (Foucault, 1968). A ello refiere también la invitación de Preciado en cuanto a que

Ya no se trata de la defensa de las reivindicaciones de minorías inocentes y oprimidas, ni de la homosexualidad-víctima, de la homosexualidad edípica, culpable, avergonzada y miserable. «Los homosexuales hablan en nombre de todos –en nombre de la mayoría silenciosa– y cuestionan todas las formas de producción deseante».

Se dibuja así otra forma de conocimiento, otro sujeto de la enunciación científica, pero también de despeja otro campo epistemológico, se reconfigura el territorio de lo que hasta entonces resulta invisible. Guattari: “Mayo del 68 nos ha enseñado a leer los muros y después hemos empezado a descifrar los grafitos de las prisiones, los hospitales y los baños públicos. He ahí todo un nuevo espíritu científico que está por hacer”. El objetivo ya no es “salvar a los prisioneros” o “dar voz a los habitantes de los barrios periféricos” hablando por ellos sino “crear las condiciones de la enunciación” a través de las cuales “los prisioneros”, “las asociaciones de vecinos” o “los homosexuales” puedan producir un saber sobre sí mismos, reapropiándose de las tecnologías de poder que les constituyen como abyectos. (Preciado, 2009, p. 157-158)

A lo cual se suma que “ya no es cuestión de explicar qué es el ‘deseo homosexual’, sino de llevar a cabo un análisis detallado sobre las técnicas de domesticación, castigo y recompensa que hacen posible la regularidad estricta y calculada del ‘deseo heterosexual’” (2009, p. 161), teniendo eso en cuenta es que nos vamos a acercar al texto de Katz (2011).

La invención de la heterosexualidad es un texto estadounidense de 1995, traducido al español recién en 2011, que tiende a trabajarse solo en seminarios sobre estudios de género con perspectivas un poco corridas del eje (a saber: del eje hetero); perspectivas un

poco raras (*queer*) que tienden a entenderse como estudios “menores” o específicos de los marcos teóricos *gays*. Parte de esta investigación trata de poner en tela de juicio esta provincialización que se realiza frente (y a favor de) la universalización a la que tienden otros estudios, como aquellos que ven en la diferencia sexual (cis-heterosexual) un axioma transhistórico. Donde el problema no es la parcialidad del conocimiento (Haraway, 1995), sino la parcialización de algunos y la totalización de otros. Dicho lo cual, voy a detenerme en los puntos del texto de Katz que resultan claves para pensar la heterosexualidad como condición *sine qua non*.

Una de las grandes preocupaciones de este autor es el uso ahistórico del concepto “heterosexualidad” aplicado a un pasado donde no existía la categoría en cuanto tal. Es decir, que su hipótesis está fijada en la creación y utilización del concepto a partir de finales del siglo XIX. En función de esto advierte que

La heterosexualidad, asumimos con frecuencia, es tan vieja como la procreación, tan antigua como la lujuria de los caídos Eva y Adán, tan eterna como la diferencia de sexo y género de esa primera dama y ese primer caballero. La heterosexualidad, imaginamos, es esencial, estática, ahistórica. Esa hipótesis es nuestro no examinado punto de partida habitual cuando pensamos en la heterosexualidad —*si pensamos en ella*. (Katz, 2011, p. 29, el énfasis está en el texto)

De lo cual se sigue que:

A pesar de lo que nos han dicho, voy a proponer que la heterosexualidad no es idéntica al coito reproductivo entre los sexos; la heterosexualidad no es lo mismo que las distinciones sexuales y las diferencias de género; la heterosexualidad no equivale al erotismo de las mujeres y los hombres. La heterosexualidad, sugiero, indica una disposición histórica particular de los sexos y sus placeres.

Por supuesto, una necesidad reproductiva, las distinciones entre los sexos y el erotismo entre los sexos han existido por mucho tiempo; pero la reproducción sexual, las diferencias sexuales y el placer sexual se han producido y combinado en diferentes sistemas sociales de formas radicalmente diferentes. No fue sino hasta hace cien años, voy a argumentar, que esas formas fueron heterosexuales. (Katz, 2011, p. 29)

En efecto, no por nada es historiador. Todo su trabajo se mueve a partir de la propuesta de esa configuración histórica. Por supuesto, aquí ni coincidimos ni desacordamos del todo con ello, sino que tratamos de pensar *a través* de su hipótesis. Dado que, si la “heterosexualidad” *en cuanto tal* es una invención “moderna” ¿a qué modernidad nos estamos refiriendo? ¿A la modernidad filosófica que inaugura Descartes en el siglo XVII con las *Meditaciones Metafísicas* del *ego cogito*? ¿Al Renacimiento de la tradición europea respecto de una Edad Media creada luego por sus propias pretensiones iluministas” (Dagenais; Greer, 2000) ¿A la modernidad temprana que se inaugura con la explotación de las minas de Potosí y Zacatecas (Dussel, 2001)? ¿Y si como teoría sobre el placer sexual es del siglo XIX, pero como tecnología de posesión de los cuerpos es más bien de los siglos XV-XVI?

Patriarcado, colonialismo y capitalismo comienzan, entonces, a encontrarse en medio de una trama sexual; de una sexualización y una generización (aunque, también, de una racialización) de los cuerpos en función de intereses específicos de la colonia: la conquista, el dominio, la conversión-evangelización, la intervención de los sistemas de parentesco (Rubin, 1986). Si el mismo Katz advierte que:

Cada uno de los padres fundadores de la heterosexualidad también era “blanco” y dado que la sociedad europea occidental y anglo-estadounidense ha dividido de manera insistente a la gente de color y cultura diferentes por “raza”, el residuo de una perspectiva blanca también puede ser encontrado dentro de las teorías de la heterosexualidad. La asociación de Freud de “civilización” y heterosexualidad, lo “primitivo” y la homosexualidad, viene a la mente, y se insinúan las complejas intersecciones de la raza y la heterosexualidad. (Katz, 2011, p. 34-35)

¿Cómo podemos pensar esto en clave (pos)colonial? ¿qué líneas de continuidad son posibles de ser re-construidas, incluso *a contrapelo* del “nacimiento” de la heterosexualidad?

UN PROBLEMA DE MÉTODO

La cuestión del anacronismo es, sin duda, una de las dificultades más grandes de sortear para quienes no tienen palabras para nombrar lo que antecede: aquello que no es lo mismo, pero tampoco es algo absolutamente diferente. O incluso para hacer aparecer aquello que quizá no tenía un nombre específico, pues no necesitaba diferenciarse de nada ni de nadie, pero que fue marcado a partir de una injuria que hoy tratamos de reivindicar. Acertadamente Katz nos habla, invocando a Foucault, del “peligro de proyectar nuestras categorías heterosexual y homosexual sobre el pasado” (Katz, 2011, p. 56).

Podemos echar una mirada retrospectiva al linaje de los términos y la organización sexual de nuestra propia sociedad —su “genealogía”, la llama Foucault, quien sugiere que no debemos utilizar nuestros términos *bisexualidad*, *homosexualidad* y *heterosexualidad* de un modo que implique que éstos fueron los conceptos que los individuos del pasado utilizaron.

Foucault teme que sus lectores proyecten sobre el pasado las categorías y disposiciones sexuales de su propia sociedad porque de manera inconsciente e injustificable dichas proyecciones afirman la *similitud* del presente y el pasado. Por ello, sus lectores no podrán percibir la *disimilitud* y el *cambio*, el carácter históricamente específico de antiguas normas sobre el placer de los hombres y la históricamente particular organización social del erotismo en que surgieron. (Katz, 2011, p. 58-59)

Frente a lo cual se podrían hacer dos indagaciones: por un lado, cómo la disposición de una genealogía trabaja el “lugar” del “origen” y, por otro, cómo es posible, aun en el plano de una continuidad, reconocer los pliegues diferenciales del poder.

Para responder a lo primero, nos proponemos volver sobre el texto *Nietzsche, la genealogía, la historia* (Foucault, 1983) y advertir que la tarea del *gesto*² genealógico es:

[...] percibir la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona; encontrarlos allí donde menos se espera y en aquella que pasa desapercibido, por no tener nada de historia -los sentimientos, el amor, la conciencia, los instintos-; captar su retorno, pero en absoluto trazar la curva lenta de una evolución, sino para reencontrar las diferentes escenas en las que han jugado diferentes papeles; definir incluso el punto de su ausencia, el momento en el que no han tenido lugar... (Foucault, 1983, p. 134)

Un gesto que, viniendo de un Foucault lector-crítico de Nietzsche, se opone a la búsqueda del “origen”:

¿Por qué Nietzsche genealogista rechaza, al menos en ciertas ocasiones, la búsqueda del origen (*Ursprung*)? Porque en primer lugar se esfuerza por recoger allí la esencia exacta de la cosa, su más pura posibilidad, su identidad cuidadosamente reglada sobre sí misma, su forma móvil y anterior a todo aquello que es externo, accidental y sucesivo. Buscar un tal origen, es intentar encontrar “lo que estaba ya dado”, lo “aquello mismo” de una imagen exactamente adecuada de sí; es tener por adventicias todas las peripecias que han podido tener lugar, todas las trampas y todos los disfraces. Es intentar levantar máscaras, para desvelar finalmente una primera identidad. (Foucault, 1983, p. 136-137)

Lo cual, volviendo a Katz, podría servirnos para pensar simultáneamente dos líneas metodológicas, no poco relacionadas al “problema” del anacronismo: no usar sobre el pasado categorías (sexuales, en este caso) que funcionen creando diferencias ajenas a los propios sistemas de organización social de determinada época histórica, pero tampoco establecer un origen a partir del cual un determinado concepto inaugura su propio despliegue de sí. O, dicho de otra manera, no trasladar la heterosexualidad (como régimen político) al estudio de las formas históricamente previas, pero tampoco leer en la creación de la palabra heterosexual la inauguración de un momento *original* a partir del cual el concepto da sentido a las prácticas.

Esta es la forma que despliega este trabajo para poder pensar a la vez cómo, si bien la aparición (la invención, tal como dice Katz) de la heterosexualidad marca un pliegue, esta no determina el *origen* de una práctica sexual con fines políticos que viene desarrollándose, aunque de forma diferencial (he aquí nuestra hipótesis) desde el “dispositivo de sodomía” (Colectivo Ayllu, 2021). Es decir que, efectivamente, la invención-aparición del concepto de heterosexualidad puede rastrearse históricamente en un determinado contexto como muy bien reconstruye este autor. Ahora bien, para inscribir eso, a su vez, en un proceso de larga duración como la conquista de América Latina, creemos que sirve pensar qué serie de prácticas funcionaron previamente para que esa consolidación enunciativa sea efectiva. No como un origen, sino como una máquina de “saberes locales”.

² Tomo aquí la noción de “gesto” de Marie Bardet (2019) y la despliego en tanto movimiento a través del cual “lo” genealógico es una posibilidad de pensar con, sobre y contra la noción de “origen”.

De modo que lo que atraviesa el proyecto genealógico no es un empirismo; lo que lo sigue no es tampoco un positivismo, en el sentido corriente del término. Se trata, en realidad, de poner en juego unos saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados, contra la instancia teórica unitaria que pretende filtrarlos, jerarquizarlos, ordenarlos en nombre de un conocimiento verdadero, en nombre de los derechos de una ciencia que algunos poseerían. Las genealogías, en consecuencia, no son retornos positivistas a una forma de ciencia más atenta o más exacta. Las genealogías son, muy precisamente, anticiencias. No es que reivindiquen el derecho lírico a la ignorancia y el no saber, no es que se trate de la negativa de saber o de la puesta en juego, la puesta de manifiesto de los prestigios de una experiencia inmediata, todavía no captada por el saber. No se trata de eso. Se trata de la insurrección de los saberes. (Foucault, 2014, p. 22)

No se trata, por tanto, de oponer la invención de la heterosexualidad al discurso colonial de la sodomía (y su función específica en la conquista de América Latina) sino de traer a la superficie, incluso a través de sus pliegues, las continuidades entre uno y otro régimen sexual y sexo-genérico. Y ello especialmente para re-pensar qué dimensiones de los análisis del norte global nos sirven para pensar *nuestros* estados de situación nacionales y locales, a su vez múltiples. Usar esas arqueologías, en tanto “análisis de las discursividades locales” (Foucault, 2014, p. 24), para pensar nuestras genealogías sexo-disidentes. Con lo cual, no hay aquí una apología al anacronismo sino una apuesta crítica por pensar los tiempos también como una dimensión colonizable y colonizada (Dagenais; Greer, 2000) donde la ciencia en general, pero también la ciencia histórica, traza fronteras entre los cuerpos y, por momentos, obstaculiza la posibilidad de pensar las relaciones entre patriarcado, colonialismo y capitalismo en relación al régimen de la diferencia sexual.

LA MODERNIZACIÓN DEL PAR CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

Así como trabajamos el problema del “anacronismo”, es importante también pasar por el problema de la modernización (o de a qué le llamamos modernización). De este modo, se trata de retomar dos puntas: cómo en la producción norte-centrada (la cual a veces está, paradójicamente, también en el sur) suele admitirse la construcción “moderna” de la sexualidad, sin pensar la conquista de América (así como la trata esclavista para con África) como condición de posibilidad de esa “otra” Modernidad (Dussel, 2001). Y esto teniendo en cuenta que en esta investigación (en su versión extendida, que excede a este trabajo) no se trata de ir a buscar la heterosexualidad a la Antigua Grecia (como toma Katz de Foucault), sino de rastrear el castigo a la sodomía como aparato de control en las colonias, ya practicado en los propios procesos de colonialismo interno de la incipiente Europa (Evans, 2015), y su relación con el imaginario de una heterosexualidad como condición *sine qua non* del mestizaje.

Y cómo, incluso en el mismo siglo XIX, lo que llamamos “modernización” es diferente “aquí” y “allá”. Por ejemplo, detengámonos por un momento en el análisis de Katz de los inicios del siglo XIX:

La norma sexual reinante distinguía, no el erotismo entre individuos de sexo diferente o del mismo sexo, sino entre el amor verdadero y el amor falso: un sentimiento que no era suficientemente profundo, permanente y serio para justificar las habituales prácticas sensuales de cortejo, o el acostumbrado y punto menos que inmutable matrimonio. (Katz, 2011, p. 71)

Donde, a su vez: “el verdadero amor sólo se encarnaba legítimamente dentro del matrimonio, el método legal para la procreación correcta. El coito, como signo de la ‘consumación’ del amor tenía una importancia especial y profunda.” (Katz, 2011, p. 74) Pero, ¿cómo podemos pensar este régimen del “amor verdadero” aparentemente desmarcado de los cuerpos si, a la vez, el único matrimonio posible era el matrimonio entre personas de distinto sexo (lo que luego entenderemos como “heterosexual”, pero respetando la todavía-no-aparición del concepto en ese momento)? O, si queremos evitar también la noción de “sexo”, ¿cómo podemos pensar ese régimen entre hombres y mujeres cuya propia definición de hombres y mujeres “de verdad” estaba marcada por cierto régimen de conducta, como la “pureza - es decir, asexualidad - para las mujeres respetables de clase media” (Katz, 2011)? Para pensar en ello, a su vez, sería una torpeza suponer sin más que en el territorio hoy por hoy llamado Argentina regía el mismo espíritu victoriano. Según Salessi,

En la primera mitad del siglo XIX los textos argentinos fundacionales imaginaron el país ideal como un blanco cuerpo rubio de fluida sangre pletórica de gente y mercadería. El crecimiento y la salud de ese cuerpo-nación dependía de la promoción, la regulación y el control de los flujos de sangre. Uno fue el *Facundo* de Sarmiento publicado en 1845. En ese libro, nuestro gran escritor romántico, al describir los entretrejos violentos de la economía política y la cultura argentinas de entonces, fundó el gran paradigma de análisis perdurable: civilización y barbarie. Y en ese gesto Sarmiento esbozó muchos de los principios, metáforas y formas de representación que usaron más tarde los higienistas y criminólogos de fines del siglo XIX y principios del XX que pensaron la modernización científica de la nación. (Salessi, 2023, p. 53)

Con lo cual:

Cuando civilización y barbarie quedó atrás con los caudillos rebeldes y las guerras civiles de la primera mitad del siglo XIX, el higienismo y su modelo de análisis de lo sano y lo enfermo sirvió mejor para aunar y avanzar la historia. (Salessi, 2023, p. 55)

En efecto, el texto de Salessi se mueve en este desplazamiento entre civilización y barbarie/salubre e insalubre analizando también las dimensiones sexuales de la gesta nacional argentina, donde “El matadero” [1839] de Echeverría cobra una relevancia

fundamental no tanto por el texto en sí como por el uso que se le dio al ser editado en 1871 por Juan María Gutiérrez, entonces director de la *Revista del Río de la Plata*.

Lo de Echeverría entonces no era arte, literatura, sino un testimonio que aunque escrito a la diablo, rápido, sin pulir, sin casta censura académica, era necesario darlo a luz porque servía para llenar otro *vacío* más, ahora de imágenes o personajes estereotípicos ejemplares para la culta nación en ciernes. Como Susini en su científico rescate del *Diario* de Navarro, Gutiérrez liberó 'El matadero' y lo publicó con su letrado aval como el 'precioso testimonio que nos suministra para ilustrar con él las páginas hasta ahora pálidas de nuestra historia'. (Salessi, 2023, p. 122)

Este cuento que narra, entre otras cosas, la violación (o el intento de violación) de un unitario por parte de unos rosistas mazorqueros³ pone a funcionar, mediante su publicación, "el paradigma de civilización y barbarie al asociarlo al de lo salubre e insalubre" (Salessi, 2023, p. 119)

La jerga militar de enemigo que penetraba una retaguardia era la más adecuada para describir una equívoca estrategia de defensa del trasero del macho, el bastión impoluto del viril honor unitario. Lo sugestivo es que unos y otros usaron siempre la misma conjetura, unos para denostar al gobierno de Rosas y sus partidarios sodomitas, violadores y bufarrones activos, y insertivos, y otros para estigmatizar a sus opositores como putos maricones pasivos, receptivos, siempre la misma figura - metafórica o no - de la transa sexual entre hombres. (Salessi, 2023, p. 125)

Esta forma de abordaje permite, entonces, pensar en términos de continuidad algunas prácticas que, si bien funcionan diferencialmente al ser marcadas-nombradas de forma específica, no dejan de tener una historia común y un derrotero relativamente inexplorado, sobre todo si solo nos quedamos con las teorías del norte global⁴.

LA DIFERENCIA SEXUAL COMO CONDICIÓN *SINE QUA NON*

Hasta aquí hemos recorrido en qué sentido la heterosexualidad puede ser pensada como condición *sine qua non* del mestizaje (Catelli, 2020), no en el sentido histórico del concepto (Katz, 2011) sino como un determinado modo de producir sistemas de parentesco (Rubin, 1986). De modo tal que un sistema sexual no se puede limitar a la mera

3 De forma muy sucinta, la gesta patriótica argentina estuvo marcada, especialmente durante el siglo XIX, por la diferencia entre unitarios (quienes pretendían una administración nacional centralizada en Buenos Aires) y federales (quienes pretendían un gobierno donde todas las provincias tuvieran voz y voto). A su vez, la Mazorca era un grupo parapolicial ligado a los intereses de Juan Manuel de Rosas, quien fue gobernador de la provincia de Buenos Aires y luego caudillo principal de la Confederación Argentina.

4 Digo a sabiendas de que Jorge Salessi, aunque argentino, escribe desde Estados Unidos, dislocando entonces que todo hablar "desde" sea un hablar "sobre" o "en función de", mucho menos un "a favor de".

“reproducción”, sino que – justamente - un sistema sexo-género supone/incluye mucho más que las relaciones de procreación, producto de relaciones sociales específicas. En efecto, nuestro trabajo con el texto de Jorge Salessi (2023) buscaba dar cuenta de que la sexualidad, aunque aparezca prioritariamente ligada a la hetero-sexualidad reproductiva, permea múltiples capas de significación social y construye sentido en relación al sexo-género de las personas.

Pensemos, por ejemplo, en la “feminización” implícita del cuerpo penetrado en la expresión “putos maricones pasivos” (Salessi, 2023, p. 125) donde el conjunto feminidad-pasividad, a la vez de estar ya mutuamente ligado, incrementa dicha simbiosis... En este sentido, el trabajo de Karina Ochoa Muñoz (2014) acerca de la feminización de las poblaciones colonizadas puede darnos qué pensar: al desarrollar la idea de Nelson Maldonado-Torres respecto de que para el *ego conquiro* esas poblaciones se convierten en sujetos fundamentalmente penetrables, se constata que la violación no es solo algo que le sucedía a “las mujeres”. Vamos viendo entonces cómo las nociones que hoy vemos distinguidas con mucha claridad (como sexo, género y sexualidad) no están (o pueden no estar) tan lejos una de la otra. Si no todo cuerpo “feminizado” (penetrado) tiene útero, pero, a la vez, todo cuerpo con aparente capacidad de gestar es dispuesto socialmente como una mujer (es decir: fundamentalmente penetrable) podemos empezar a entender en qué sentido la categoría de “sexo” no es algo que pertenece a los cuerpos de manera natural sino que es una marca que se le pone a ciertos cuerpos en función de qué le pueden aportar (obligadamente) a la re-producción de un determinado sistema de parentesco, colonial en este caso. Paul Preciado (2009, p. 149) tiene, en relación a ello, una “primera conclusión provisional: Algunos órganos gozan de un estatuto biopolítico privilegiado”. A lo cual se suma otro aporte:

Cerrar el ano es desfeminizar el cuerpo. Ése es el régimen genitopolítico que d’Eaubonne denominará falocrático. No se trata de que los hombres tengan pene y de que las mujeres no, se trata de que los hombres se presentan como si no tuvieran ano. El problema no proviene de una eventual envidia del pene de los cuerpos denominados ‘mujeres’, sino de la negación del ano de aquellos cuerpos que se piensan como ‘masculinos’. Para aprender, y para enseñar (a ser heterosexual), por lo tanto, es necesario cerrar el ano, evitar la pasividad. (Preciado, 2009, p. 167)

Por supuesto, la capacidad reproductiva marcó (y marca) una diferencia crucial entre unas violaciones y otras. Pero esto, en vez de hacer retroceder la hipótesis de este trabajo, la profundiza, ya que levanta la sospecha acerca de cómo la misma definición de “mujer” (basada en una diferencia sexual natural) se liga históricamente a la capacidad de reproducción (Wittig, 2006), aunque no necesariamente porque todos los úteros puedan (ni quieran) gestar. Del mismo modo, la asociación feminidad-pasividad se vuelve extensiva a todos los cuerpos, permitiéndonos plantear con más fuerza aún que la “diferencia sexual” (aquella que se pretende natural y, luego, bio-lógico en función del desarrollo científico; y que se signa bajo la categoría “sexo”) no es sino el producto de una relación de dominación heterocolonial (Rojas Miranda, 2021). ¿Quiere esto decir que previo a la conquista de

América Latina no había regímenes de dominación, asociados o no a características corporales? No, en absoluto. No se trata de buscar aquí un nuevo “origen” pacífico e impoluto, sino de mostrar algunas de las continuidades que nos han traído hasta donde estamos y que siguen ocultando, bajo la supuesta “construcción” del género, una verdad natural, el “sexo”. No obstante, la categoría de sexo tampoco es natural, si por “natural” entendemos una serie de características que le pertenecen al cuerpo *a priori*.

CONCLUSIONES

Este breve trabajo se ha encargado de recuperar, desde una *Arqueología del mestizaje* (Catelli, 2020), la preocupación por la heterosexualidad como condición *sine qua non*. En esa línea, pensar cómo apareció dicho concepto en la historia (Katz, 2011) nos ha servido para cuestionar de qué forma, si bien como “palabra” la heterosexualidad aparece en el siglo XIX, como régimen político es útil para advertir parte de los procesos coloniales de América Latina. De allí que también haya sido necesario retomar el problema que suponen tanto el anacronismo como la idea de una única modernización en el tiempo y el espacio, lo cual tensa la relación local-global entre patriarcado, colonialismo y capitalismo.

Como conclusión, entonces, podríamos decir aquí que la coincidencia de estas condiciones *sine qua non* es que no hay heterosexualidad sin diferencia sexual, así como tampoco hay diferencia sexual sin heterosexualidad. El sexo, como marca corporal y como práctica sexual, compone una máquina compleja que ha estado conectada a los procesos de evangelización y de (in)filtración en los sistemas de parentesco locales (en tanto dispositivo de mestizaje (Catelli, 2020). Así como ha estado conectada, también, al castigo al pecado nefando de la sodomía (Colectivo Ayllu, 2021), colaborando no solo con la consolidación de un sistema patriarcal falologocéntrico y colonial, sino con la acumulación originaria que servirá a la autodesignación de Europa como centro del mundo y de la historia mundial (Dussel, 2001). La apuesta, a su vez, es permitirnos volver sobre la historia sin asumir las categorías ni de género, ni de sexo, puesto que el estudio excluyente y ahistórico de “las mujeres” no reconoce la existencia de otros cuerpos que no sean los que la misma diferencia sexual colonial produce y reproduce hasta nuestros días.

REFERENCIAS

- BARDET, Marie. Hacer un mundo con gestos. In: HAUDRICOURT, André. **El cultivo de los gestos**. Buenos Aires: Editorial Cactus, 2019. Disponible en: <https://editorialcactus.com.ar/blog/hacer-mundos-con-gestos/> Acceso en: 6/5/2024.
- CATELLI, Laura. **Arqueología del mestizaje**. Temuco: UFRO/CLACSO, 2020.
- COLECTIVO AYLLU. **Fala Pública com o Coletivo Ayllu** [Vídeo]. YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=E4lXjTtXFSs> Acceso en: 6/5/2024.
- DAGENAIS, John; GREER, Margaret R. **Decolonizing the Middle Ages**: Introduction. *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, v. 30, n. 3, 2000.
- DUSSEL, Enrique. **Hacia una filosofía política crítica**. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2001.
- EVANS, Arthur. **Brujería y contracultura gay**. Barcelona: Descontrol, 2015.
- FOUCAULT, Michel. **Las palabras y las cosas**. México: Siglo XXI, 1968.
- FOUCAULT, Michel. **Nietzsche, la genealogía, la historia**. Buenos Aires: Folios, 1983.
- FOUCAULT, Michel. **Defender la sociedad**. Buenos Aires: FCE, 2014.
- HARAWAY, Donna. **Ciencia, cyborgs y mujeres**. Madrid: Cátedra, 1995.
- KATZ, Jonathan N. **La invención de la heterosexualidad**. México: Ed. me cayó el veinte. 2011.
- LUGONES, María. Colonialidad y género. **Tabula Rasa**, n. 9, p. 73-101, julio-diciembre 2008.
- OCHOA MUÑOZ, Karina. El debate sobre las y los amerindios: entre el discurso de la bestialización, la feminización y la racialización. **El Cotidiano**, n. 184, p. 13-22, marzo-abril. 2014.
- PRECIADO, Paul. Terror anal: Apuntes sobre los primeros días de la revolución sexual. In: HOCQUENGHEM, Guy. **El deseo homosexual**. Barcelona: Melusina, 2009. p. 132-174.
- ROJAS MIRANDA, Leticia. **Narrativas políticas trans y lesbianas aquí (España) y allí (Ecuador)**. 2021. Tesis de Doctorado. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: <https://eprints.ucm.es/id/eprint/65789/> Acceso en: 7/5/2024
- RUBIN, Gayle. El tráfico de mujeres. **Revista Nueva Antropología**, noviembre, v. 8, n. 30, p. 95-145, 1986.
- SALESSI, Jorge. **Médicos maleantes y maricas**. Buenos Aires: Planeta, 2023.
- WITTIG, Monique. **El pensamiento heterosexual y otros ensayos**. Madrid: Egales, 2006

(Recebido para publicação em 20 de maio de 2024)

(Aprovado para publicação em 1º de junho de 2024)